

otros, se hizo también su madre (1). Vosotros sabéis que esta heroica mujer tuvo tanto temor de dejar sus siete hijos vivos después de su muerte, como los padres carnales tienen de ver morir á los suyos antes que ellos. Sorprendida por la tormenta de la persecución, sólo pensaba en asociar á ella á sus hijos, y en afirmar sus corazones, por medio de su predicación, en el amor de la patria celestial. De este modo dió á luz segunda vez con su espíritu aquellos mismos hijos que había dado á luz con su cuerpo; más feliz por haberlos hecho nacer á Dios con sus exhortaciones que lo había sido al hacerlos nacer al mundo con su carne. Ella se presentó la primera al martirio, pero fué la octava en recibir la palma» (2).

§ XVI. — Continuación del mismo asunto. — Santa Judita dando gracias á Dios por el martirio de su hijo, de tres años de edad, muerto en su presencia. — Sentimientos sublimes de una santa madre, que presenta ella misma su hijo al verdugo para que haga de él un mártir. — Santo entusiasmo de la fe de la madre de San Melitón para que él participase de la gloria de los cuarenta mártires coronados.

Santa Judita, sufriendo el martirio en compañía de su hijo único, llamado Ciriaco, de tres años de edad, llenó de admiración á su juez y á sus verdugos por el prodigio de su heroísmo cristiano, y dejó un bello ejemplo á la Iglesia. Ella era una señora viuda de la más alta nobleza, natural de la villa de Tarso, en Sicilia, porque era de estirpe Real; pero en aquel tiempo no se perdonaba á nadie el crimen de ser cristiano. Reducida á prisión con su hijo, y presentada ante el prefecto de la provincia, Alejandro, se le manda sacrificar á los ídolos; ella se niega resueltamente á ello, diciendo: «Yo no pue-

(1) «Sciendum nobis est quia Christi soror et frater est credendo, mater efficitur prædicando. Quasi enim parit Dominum, quem cordi audientis infuderit; et mater ejus prædicando efficitur, si per ejus vocem amor Domini in proximi mente generatur. Ad quam rem nobis idonea confirmanda, ad est beata Felicitas, quæ credendo stitit ancilla Christi et prædicando facta est mater Christi.»

(2) «Septem filios sic post se timuit vivos relinquere, sicut carnales parentes solent metuere ne mortuos præmittant. In persecutionis labore deprehensa, filiorum corda in amore superne patriæ prædicando obfirmavit, et parturivit spiritu quos carne pepererat: ut prædicatione pareret Deo quos carne pepererat mundo. Ad pœnam prima venit, sed pervenit octava.»

do hacerlo, porque soy cristiana.» Le arrancan su hijo de los brazos; la arrojan en el suelo, la azotan cruelmente con nervios de toro, á vista de su propio hijo, que no apartaba los ojos de su madre, y que hacía los mayores esfuerzos por ir á unirse á ella y participar de sus dolores en tanto que la santa mujer no hacía más que repetir con un semblante tranquilo y alegre: «Yo soy cristiana y no sacrifico á los ídolos.» En vano el gobernador, que tenía al niño sobre sus rodillas, lo halaga, lo acaricia y trata de contener su llanto. El niño aparta su rostro de él, lo rechaza con sus manos, le da golpes con sus piés y le araña el rostro, repitiendo como su madre: «¡Yo soy cristiano, yo soy cristiano!» El gobernador, irritado, lo coge entonces por un pié y lo tira al suelo desde lo alto de su tribunal. La cabeza del niño se rompe, los sesos se derraman por la sala con su sangre y salpican el rostro de su madre. Ella ve todo esto, ella ve espirar á su hijo querido en su presencia de una manera tan trágica; y en vez de quejarse, dice: «¡Señor, yo os doy gracias porque habeis querido que mi hijo reciba en mi presencia la corona de la inmortalidad!»

Desgarran sus costados, derraman sobre sus piés pez ardiendo, y le dicen: «Judita, ten piedad de tí misma; sacrifica á los dioses; librate de los tormentos, para que no mueras tan miserablemente como tu hijo.» Pero ella no da más respuesta que ésta: «Yo no sacrifico á unas estatuas sordas y mudas, que no representan más que demonios. Yo adoro á Jesucristo, Hijo único de Dios, por quien el Padre lo ha hecho y reparado. Yo no temo la muerte; yo la deseo. ¡Oh, cuánto tardó en reunirme á mi hijo en el reino de los cielos!» Le cortan la cabeza, y queda satisfecho su deseo, que la fe más viva le inspiraba. (*Act. Sanct.*, 16 Jun.)

Ved aquí otro ejemplo de la grandeza de alma, de la constancia y de la fe sublime de la madre católica. Atormentaban cruelmente en Antioquía á San Roman, diácono de la iglesia de Cesárea; mas el noble confesor, como sucedía frecuentemente, olvidando sus horribles tormentos y convirtiendo el potro de dolor en que estaba en cátedra de verdad, no cesaba de probar á su juez y á sus verdugos la vanidad de los ídolos, y de predicarles la religión cristiana. Y como le presentasen continuamente nuevas dificultades, hizo á sus adversarios esta proposición: «Traed aquí un niño inocente preguntadle vosotros mismos lo que piensa respecto á la verdadera

religion y si es mejor adorar á la religion cristiana ó á los ídolos del paganismo, y nos atendremos á su respuesta.» Aceptan la proposicion; hacen llevar un niño de seis años, llamado Barulo, y lo interrogan; pero el odio de la verdad se mofa del honor lo mismo que de la justicia. Habiendo declarado el niño en voz alta «que no hay más que un solo Dios verdadero, y que este Dios es Jesucristo», léjos de aceptar esta declaracion como una sentencia, tuvieron la baja crueldad de castigar al autor de ella como al autor de un crimen. Por orden del magistrado, el pequeño confesor fué horriblemente azotado, desgarrado y cubierto de heridas y de sangre, y esto en presencia de su propia madre. Todos los espectadores de esta escena sangrienta se conmovieron, se vieron correr las lágrimas de los ojos de los verdugos mismos, y sola la madre del niño era la que no lloraba. Léjos de esto, en vez de compadecer la heroica madre á su hijo por sus tormentos, le felicita por ellos; en vez de tenerle lástima, le anima. Pidiendo el niño de beber, le reprende la madre como de una debilidad, y le recuerda que el cristiano no debe esperar su refrigerio sino del cielo. Se condena al héroe de seis años á ser degollado. No pudiendo andar, porque le habian desconcertado todos los huesos, tomándole su misma madre en sus brazos, lo lleva al lugar de la ejecucion, y con un aire de triunfo lo pone en manos del verdugo, como una víctima en el altar del sacrificio; pero ántes de entregar este depósito querido, le dá en la frente su último beso, lleno más bien de devocion que de amor, diciéndole: «Hijo mio, yo me encomiendo á tus oraciones.» Porque en su hijo veia ella y honraba á un mártir. Lo colocan sobre un tajo para cortarle la cabeza, y la espada que corta la cabeza al hijo atraviesa el alma de la madre. Pero esta madre es cristiana; ella tiende el manto en el suelo para recibir en él la cabeza y la sangre de su hijo. Ella recibe aquella sangre, que es su propia sangre, pero consagrada por el martirio; ella recibe aquella cabeza amada, que se habia convertido en una preciosa reliquia; ella la cubre de besos respetuosos, la estrecha contra su seno, y se la lleva consigo, creyéndose más dichosa que si poseyese el más rico tesoro. No es fácil decidir cuál de los dos tuvo una fe más viva y más robusta: el hijo sufriendo á la edad de seis años los tormentos y la muerte, ó la madre presenciando con tanto valor los tormentos y la muerte de su hijo; y no es fácil decir tampoco la impresion que debieron ha-

cer en el pueblo idólatra estos ejemplos, tan nuevos en la historia de la humanidad, en favor de la religion santa, que es la única que los inspira á los hombres. (*Act. Martyr.*; Prudent., *Hym.*)

Esto es suficiente para formar una idea exacta de la grandeza de la madre cristiana en los tiempos de los mártires. Pero no podemos dejar esta sublime é importante materia del heroismo de la mujer católica, que ofrecia ella misma sus hijos al martirio, sin recordar la escena interesante que tuvo lugar cuando se verificó la confesion gloriosa de los cuarenta mártires de Sebaste, tan célebres en la Iglesia bajo el nombre de los *cuarenta santos coronados*, que tiene relacion con este mismo asunto.

Habian roto la boca á pedradas á estos héroes cristianos, para castigarlos por la constancia y el valor de su confesion; los habian azotado, les habian roto los huesos y destrozado todos sus miembros, y finalmente, los habian echado á todos desnudos en un estanque helado para que muriesen de frio. En medio de tantos y tan horribles padecimientos, olvidando el dolor de sus cuerpos, sólo se ocuparon de la salvacion de sus almas, y no hacian más que repetir á Dios esta súplica, expresion magnífica del sentimiento de la fe y de la fraternidad cristiana: «Señor, decian ellos, nosotros éramos cuarenta al principio del combate; pues bien, os suplicamos rendidamente que hagais que seamos los mismos cuarenta para recibir la corona, y que ninguna de estas cuarenta coronas quede sin su mártir: este número es muy honorífico y muy precioso, supuesto que Vos quisisteis santificarlo é ilustrarlo con vuestro ayuno de cuarenta dias; y supuesto que despues de un ayuno de igual número de dias fué cuando Moises introdujo vuestra divina ley escrita en el mundo, y cuando Elías llegó á la vision de Dios, que deseaba» (1). Una súplica tan bella, dirigida á Dios por unas almas abrasadas en el fuego del amor de Dios, en medio del hielo que penetraba sus cuerpos, merecia ser oida, y lo fué en efecto; porque habiendo apostatado uno de los cuarenta, uno de los soldados que

(1) «Quadráginta in stadium ingressi sumus; quadráginta item, Domine, corona donemur! Non una quidem huic numero desit. Est in honore hic numerus, quem tu quadráginta dierum jejunió decorasti; per quem divina lex ingressa est in orbem terrarum. Elías, quadráginta dierum jejunió, Deum quærens, ejus visionem consecutus est. Et hæc quidem illorum erat oratio.» (*Brev. Rom.*)

asistian á esta escena, movido por la gracia, confesó á Jesucristo, fué asociado á los otros en la gloria del martirio, ocupó el lugar del que habia apostatado, consiguió su corona, y el número de los *cuarenta coronados* fué completo.

Pero lo que realzó el esplendor de este bello triunfo, tan digno de la admiracion del cielo y de la tierra, fué la presencia de una mujer, la madre de Meliton, el más jóven de estos cuarenta confesores de la fe, y que, miéntras el verdugo quebrantaba las piernas y atormentaba á su hijo, le decia: «Hijo mio, sufre unos instantes más y serás vencedor. ¿No ves allí al mismo Jesucristo, que viene á tu encuentro, abriéndote las puertas del cielo, y esperando recibirte en sus brazos?» (1). ¡Oh mujer admirable! ¡Oh mujer heroical! Fácilmente se concibe cuánto debió exaltar el valor de esta madre, que exhortaba así á su hijo en sus dolores, y que sufría con tanta firmeza el destrozo del cuerpo de un objeto tan querido, á los otros hombres que la oían, los cuales debieron una parte de su triunfo al heroismo de esta mujer! No se termina aquí el santo entusiasmo de la fe de esta alma sublime. Habiendo sobrevivido tan sólo su hijo á los horribles tormentos que acababan de quitar la vida á sus compañeros, amontonando los verdugos en unos carros los cuerpos de los otros mártires para llevarlos al lugar donde debian ser quemados, habian echado á un lado al pequeño Meliton con la intencion de reducirlo despues al culto de los ídolos. «¡Compasion cruel, exclama su heroica madre; compasion cruel, la de dejar vivo á mi hijo para hacer de él un apóstata! ¡Ah! No lo será por cierto, no faltará su corona.» Y cargando sobre sus hombros á su hijo, que, con las piernas quebradas, no podia andar, corrió á toda prisa tras de los carros que llevaban los santos restos de los mártires, para poner en ellos á su hijo, y mandarlo á quemar, vivo todavía, con los cuerpos de los muertos. En el tránsito espira el hijo en los brazos de su madre. Mas no importa; no por eso deja de correr la santa madre; no por eso deja de echar ella misma el cadáver amado de su hijo en la hoguera que consumía ya los preciosos cadáveres de sus compañeros. «¡Ah, decia ella, mi hijo ha participado de la fe y de la virtud

(1) «Quem cum præsens mater ejus, fractis cruribus, adhuc viventem vidisset, sic exhortata est: Fili, paulisper sustine. Ecce Christus ad januas stat, adjuvans te.» (*Brev. Rom.*)

de sus compañeros, y debe participar tambien de sus funerales! Ellos han combatido en un mismo campo de batalla, y deben llegar al cielo por el mismo camino» (1).

§ XVII, 1.º.—La misma condicion de esclavo produce nobles vírgenes, agradables á Dios por el martirio.—Gloria de la confesion de la jóven esclava Santa Blandina.—Santa Potamiana, tambien virgen esclava, pide y obtiene que se aumenten sus tormentos en vez de exponerla desnuda en presencia del pueblo.

San Pablo dice que entre los cristianos no hay diferencias de señor y de esclavo, sino que en Jesucristo todos los cristianos son iguales y son una misma cosa á los ojos de Dios. Pues bien, para darnos el Hijo de Dios una prueba sensible de la verdad de esta consoladora doctrina, que vino á enseñar á los hombres, se dignó admitir al honor de su confesion lo mismo á los esclavos que á las personas libres segun las leyes humanas; y quiso que todas las condiciones sociales produjesen mártires. Él hizo aún más con respecto á las mujeres en particular: Él hizo de la mujer cristiana esclava su esposa y su mártir, y manifestó que el mérito y la gloria de la virgen mártir salida de la última clase, de la clase de los esclavos, no son ménos grandes á sus ojos que el mérito y la gloria de la virgen mártir salida de las primeras clases de la sociedad, ni son ménos dignas de la imitacion de los fieles y de los homenajes de la Iglesia. Ya hemos visto la gloria que coronó el martirio de la viuda esclava Santa Felicitas; ahora vamos á ver el martirio, más glorioso aún; de dos santas vírgenes esclavas.

Bajo el reinado de Marco Aurelio, tan amado de nuestros incrédulos, aún despues de haber sido testigo él mismo del gran prodi-

(1) «Cum vero reliquorum corpora plaustris imponi cerneret ut in rogam inferrentur, ac filium suum relinqui, quod speraret impia turba, si vixisset, ad idolorum cultum revocari posse, ipso in humeros sublato, sancta mater vehicula martyrum corporibus onusta, strenue prosequabatur. In cujus amplexu Melithom spiritum Deo reddidit; ejusque corpus in eundem illum cæterorum martyrum rogam pia mater injecit: ut, qui fide et virtute conjunctissimi fuerant, funeris etiam societate copulatis, una in cælum pervenirent.» *Breviario Romano.*)